

GRANADOS

(DIVAGACIONES)

Sobre fondo insano y brillante a la vez, danzaban figuras cargadas de vibrante luminosidad. Viento de inquietudes flotaba, casi imperceptible, sobre la escena. Giraban las figuras, en elegantes movimientos, sobre sí mismas, y un espectro, el de Federico Chopín, dirigía en la sombra la extraña Ceremonia.

No sé por qué. Pero algo así es lo que me imagino cuando oigo la música de Granados. Lo que siento cuando escucho sus obras, considerándolas despedidas de todo matiz regionalista, como música solo, en abstracto, analizadas por mí, que, valga la repetición, ya hartó sabida de todos, soy solamente un simple profano.

Ignoro si el secreto de mi impresión está en esos ojos negros y profundos del compositor español. Esos ojos a un tiempo serenos y desasosegados. Esos ojos que parecen salidos de la esencia de su música, porque, en realidad, apenas si la música de Granados es otra cosa que una mirada honda, sentida y llena de humana vitalidad, que os va a penetrar hasta el corazón para quebrarse allí en sabores de nostalgia y energía.

Pero esa nostalgia, que es quizás una velada amargura, y esa energía, que no sabemos si tiene algo de orgullo rebelde, están envueltas en la elegancia de la raza y en la gallardía del amor. Granados,

en sus obras, ama apasionadamente a España, y, sin embargo, quizás por eso mismo, no la llega a entender.

Enrique Granados es el Larra de la música española. Le faltó el valor purificativo de Falla para que su ánimo de gigante trabajase con serenidad. Y la serenidad que le faltaba en el juicio, en la interpretación, le sobró en sus realizaciones, que si son combativas es porque él concebía una España de lucha y de fuego. De un fuego no amenazador, sino algo doliente. De un fuego elegantemente desordenado.

Para mí, Granados ha cogido, sobre todo, en su matiz españolista, la dignidad y la frialdad caliente que señaló nuestra historia en sus momentos cruciales ¿No fueron muy fríos y muy calientes, a la vez, en sus reacciones, nuestros guerrilleros, nuestros héroes de la Reconquista, nuestros teólogos y nuestros sabios?

Las obras de Granados son como el cielo de España. Brillantes, luminosas, pero dejando siempre una sensación insatisfecha, de inquietud, larvada en la inmensidad.

Porque Granados es inmenso. Es la inmensidad de Don Quijote, que se filtra en cada nota de sus composiciones.

JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA

LOS CANDILES

A la memoria del gran artista Eduardo Lagarde, alma de nuestra inquietud.

Techo de rocas, rocas de suelo,
y encima un mundo sin claridad.
Aquí las sombras, allí las luces,
pero nosotros vemos mejor.

Somos el alba de un nuevo rumbo;
gloria en las horas del porvenir;
canto sublime del Arte puro...
Somos la Nave de la Ilusión.

Nuestro afán no es quimera ni es sueño, es esperanza
forjada con impulsos de musas y pinceles.
Esperanza que alienta nuestros pasos seguros
entre sombras que ocultan el sendero triunfal.

... Y en el aire, surcando el espacio infinito,
vibra el eco insonoro de la inquietud constante.
Va hacia arriba buscando, en las rutas del tiempo,
soñados horizontes de inédita belleza.

Y al coronar la cima de nuestras ambiciones,
en canto jubiloso decimos los Candiles:
Pudimos empezar y ya llegamos.
Queremos acabar y seguiremos.

JULIÁN CORRAL

(Del «Himno Toleista». Letra de la primera parte, en la que, como mera adaptación a la música, no puede respetarse la integridad y soltura del verso).